



Coordina:
Eduardo G. RICO

LOS libros recién salidos de los talleres de impresión constituyen bastante más que un índice del tiempo tenso que nos ha tocado vivir. Uno, «Los trabajos del mar», de José Emilio Pacheco, responde, tal como se piensa el editor (Cátedra), a una crisis que no es sólo personal, íntima, sino que cruza de extremo a extremo las estructuras de su país, Méjico, desde hace unos años. El otro, «¡Rota ha entrado en guerra!» (Argos Vergara), constituye una hipótesis acerca del planteamiento de un conflicto nuclear a nivel mundial, planteamiento consecuente con la ruptura de la política de coexistencia entre los bloques y con el proceso imparable del armamento atómico. Podríamos decir, abusando un poco del concepto, y probablemente disintiendo de poeta y novelista, que estamos ante dos obras «comprometidas».

La poesía de Pacheco, al que los lectores atentos vienen aquí siguiendo —tanto por su obra lírica como por la narrativa—, insiste en «Los trabajos del mar» en una visión realista de un mundo dialéctico, cruzado por las tensiones entre contrarios... «El mar violento y ácido de estos poemas —escribe el editor— arrastra cadáveres, desechos de la sociedad industrial, ruinas y signos de una descomposición muy profunda.» Se suceden en sus versos imágenes pesimistas. «Cuando no quede un árbol, / cuando todo sea asfalto y asfixia o malpaís, / terreno pedregoso sin vida, / ésta será de nuevo capital de la muerte... / En ese instante renacerán los volcanes... / A veces, Pacheco busca en el pasado —qué aproximación a algunos poemas de José Angel Valente—, por la recuperación de posibles analogías, pruebas en qué apoyar sus sospechas ante la podredumbre de la realidad en que vive. Así extrae de las ruinas de Pompeya («Strada, dell'Abbondanza») un ejemplo perfectamente válido, reconstruyendo la víspera del estallido del Vesubio. «También el habla / se corrompió con sus hablantes, reflejo / o consecuencia, no se sabe. Y el lujo / entró como la hiedra en muchas casas. / Combatieron el tedio emborra-

De una crisis a otra

Obras de Luis Solana y José Emilio Pacheco



● Una novela y un libro de poemas en un mundo en quiebra y bajo amenaza

chándose. / Todos con todos fornicaron. Como extraño / presentimiento de su fragilidad / nos legaron imágenes / de sus actos sexuales. / Entre robos / y asesinatos donde quiera, el terror / extendió su dominio.» El pesimismo de Pacheco se radicaliza en el poema último, la «Sátira XII», brevísima. «La mejor parte de nuestro ser son las lágrimas. / No hay ningún mal que pueda sernos ajeno.»

Hay menos patetismo y más esperanza, aunque el contenido revista características de catástrofe histórica, en la obra con la que se estrena como novelista el político, perteneciente a la dirección del PSOE, Luis Solana. «¡Rota ha entrado en guerra!» plantea la situación previa al holocausto. Narración escrita con gran agilidad —descripciones rápidas, diálogos resolutivos— y con un estudio desenfadado, sin preocupaciones formales, el autor se sirve de ilustraciones que nos recuerdan la época de los vanguardismos; por ejemplo la reproducción de una larga serie de titulares y artículos de periódico alusivos al contenido del relato. El escritor utiliza el sarcasmo de que sea España, y en concreto Rota, el lugar-prueba para que los dos grandes bloques demuestren que pueden coexistir, que la guerra es evitable. Hay visiones irónicas de las diversas reacciones, del funcionamiento de las instalaciones, del comportamiento de la Administración y de las gentes. Hay también una crítica de las actuales relaciones soviético-americanas, del acoso de la URSS desde Occidente... Podríamos resumir el apresurado primer juicio diciendo que se trata de una narración periodística, ágil y de fácil lectura, en la que se formula implícitamente un alegato en favor de la paz.

Rodríguez Puértolas, en la «Introducción a la crítica literaria actual», explica cómo Carlos Marx aplicó la teoría del valor a otros campos y cita una frase de «El capital» si mal no recuerdo: «La forma no tiene valor si no es la forma del contenido.» En ambos casos, el del poeta mejicano y el del novelista español se cumple la exigencia marxiana.

EDUARDO G. RICO

La falta de humor en la literatura castellana

El sentir es

UN defecto-virtud grave de la literatura española es la exclusiva seriedad, que en muchas ocasiones raya en el aburrimiento. Escribir en España no es llorar, sino ponerse patéticos, lívidos. Al escritor español se le hiela la sonrisa en la boca y su gesto es una mueca. Se equivocaba Larra. Los escritores españoles nunca lloran; permanecen tensos, con la amenaza de una corbata de seda sobre su corazón. Si llorasen y dijieran sus verdades, al menos se desahogarían.

● La historia de la literatura española muestra cómo sus escritores, desde Juan Ruiz, el infante Don Juan Manuel, Fernando de Rojas, Cervantes, Quevedo, Góngora, hasta Larra, Maeztu, Unamuno, Bergamín, usaban una doble conciencia que no es caer en la mentira, sino en la contradicción, el perspectivismo, la paradoja y el sentimiento trágico de la vida. Conciencia de saber y conciencia de sentirse. Desazón por no encontrar el equilibrio entre la intimidad, ese reducto propio, plaza de soledad, y el exterior. Combate con los contrarios, tanta lucha íntima para nada. A los escritores españoles les falta sentido del humor, de la proporción

para distanciarse. Sus enemigos íntimos se convierten en gigantes; los enemigos verdaderos, en amigos de toda la vida. Quieren escribir con ironía —ese equilibrio entre el humor y el sentimiento—, pero les nace, como un borbotón de ira contenida, el sarcasmo. Ni Quevedo, Valle-Inclán o Cela tienen compensación con sus personajes. No son humanos; se les ha descarnado de su alma y son muñecos de piel, momias que interpretan la comedia bufa o el esperpento de su vida.

● El sentir hispánico es padecer; ello explica el conflicto íntimo y colectivo. Américo Castro vislumbró la desazón de algunos de



● Escribir es morir o beber

nuestros sentires tan peculiares, tantas veces convertidos en decires malintencionados, en refranes llenos de ingenio, ética pesimista de la experiencia y tan faltos de ternura. No es

extraño que Shopenhauer se prendara del pensar (decir) español. Porque en España el pensar es un decir; la experiencia no le dicta sus ideas al cerebro, sino sus renglones, o versos, a la

un padecer

lengua. No somos un país de raciocinio, sino de lengua. No sé si ese sentir-padecer de la manera de pensar de los españoles influyó en Nietzsche a través del magisterio de Schopenhauer. Somos más nietzscheanos y antes que Nietzsche, aunque Cela últimamente recete sus lecturas como antídoto contra los libros de misa y devoción. (Allá él con sus contra-sermones, que luego tal vez no le perdonará el P. Sopena.)

● Un sentido de la inexistencia, un desamor en lo hondo, hace a los españoles padecer y no vivir. Padecer en soledad y no compadecer. El escritor se libra de sus pesares no por el llanto, sino por el sarcasmo, por el retorcimiento de la lengua, barroquismo, extremosidad tan difícilmente traducible a otros idiomas. El escritor es un re-sentido que escribe con el sentido de sus heridas, desde la contradicción de su doble conciencia de aceptación y desarraigo,

desde su condición de ciudadano de derecho y de exiliado de deshecho. Siempre fue un intruso en la corte de los milagros, un indigente, que con su alcaza y una dedicatoria en su libro (recuérdese Cervantes o Lope) reclamaba el oro para su condominio, que luego son dos reales de vellón y unas palmaditas del prócer. Y, sin embargo, el escritor tantas veces desescolarizado, a falta de mejores maestros, se ha sentido dómine y educador, moralista, regenerador desde el arcipreste de Hita y Quevedo hasta Galdós, Machado o Blas de Otero.

● La seriedad, el sarcasmo, el esperpento, la mezcla tragicómica, son defectos-virtudes, peculiaridades nacionales. La muerte y la vida, el carnaval y la cuaresma, son la misma pirueta. Las filosofías del sentir y no del pensar, ya las habían inventado los españoles. (Hasta el existencialismo.)

(Pasa a la página 3.º)

MANDAMIENTOS

DIEZ

Más azul

«La color más azul», de María Aurelia Capmany. Editorial Planeta.



El género epistolar, escasamente usado por los escritores de ahora, es aún más antiguo que la novela — invención de la agónica sociedad medieval — y ya está en Ovidio. En los tiempos de la gran narrativa, desde el romanticismo a las formas de hoy, ha sido frecuentado por grandes autores. «La color más azul» constituye el ejemplo más reciente. A través de una composición de las cartas cruzadas entre dos mujeres, construye María Aurelia Capmany, famosa como escritora y como mujer de teatro, la historia de una separación provocada por las condiciones exteriores; la guerra civil, la mundial y sus secuelas. A esas cartas se añaden otras que fijan exactamente las circunstancias. El relato finaliza, simbólicamente, en mayo de 1968. Hay que decir, también, que arranca en Barcelona el 27 de enero de 1939. Dos mujeres en el desconcierto de un mundo en crisis.

El cambio, según Muñoz Alonso

«Las elecciones del cambio», de Alejandro Muñoz Alonso. Primera Plana - Cambio. Argos Vergara.



Según Alejandro Muñoz Alonso y según los miembros del equipo que dirige, en el seno del seminario de Comunicación Política de la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense. El equipo está compuesto por Juan Ignacio Rospi, Aurora Fernández, Pedro Gómez Fernández y Enrique Parra Lagasca. Alejandro Muñoz Alonso, autor de varios libros, ha destacado por su penetración en el análisis del terrorismo en España. De él es la «introducción», en la que se refiere al estudio de la comunicación política y al seminario, y explica las diversas cuestiones de su método. El propio Alejandro intenta un análisis del sistema de partidos y las elecciones del 28 de octubre. Sus colaboradores se interesan por el sistema electoral, los programas, las encuestas, la evolución de la campaña en Radio Nacional y Televisión y los resultados electorales.

Un Torrente distinto

«Quizá nos lleve el viento al infinito», de Gonzalo Torrente Ballester. Plaza Janés.



Un escritor de tanto crédito, de una larga producción y tanta originalidad, como Gonzalo Torrente Ballester, nos ha dado una de esas sorpresas que brotan muy de tarde en tarde en la paradójica sociedad literaria española: ha alcanzado la popularidad a través de la adaptación de una de sus obras al lenguaje televisivo. «Quizá nos lleve el viento al infinito» ya no necesitará de tales apoyos para extenderse en un ancho público. Espionaje, aventura, psicología, filosofía... constituyen los elementos que le han servido para configurar esta originalísima novela, escrita con la voluntad de satirizar un modo de vida, sirviéndose de una técnica que podríamos considerar revolucionaria. Una vez más, Torrente Ballester prueba su capacidad para la ironía aplicada al mundo que le rodea, así como su talento de gran novelista.

El Siglo de Oro

«La sociedad española en el Siglo de Oro», de Manuel Fernández Álvarez. Editora Nacional.



Manuel Fernández Álvarez, catedrático de Historia Moderna, de la Universidad de Salamanca, doctor por las Universidades de Madrid y Bolonia y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, nos ofrece en esta voluminosa obra acerca de la sociedad española del barroco, los resultados de «cuarenta años de investigaciones científicas, lecturas y reflexiones», que han concluido en una visión profunda de la fase decisiva de varios siglos de historia española. Desde la cultura y desde la sociedad, Fernández Álvarez analiza la crisis del siglo XVII, partiendo de un estudio penetrante de sus raíces: las bases económicas, especialmente en «los creadores del Renacimiento» y la época de fray Luis y Cervantes, para ahondar, luego, en el análisis sociocultural del barroco en todas sus manifestaciones.

Enseñar

«Cuadernos de pedagogía», número 110. Febrero de 1984.



He aquí una publicación de gran interés, no sólo para los enseñantes, sino también para cuantos quieran aproximarse a los métodos formativos que se utilizan en la preparación de las generaciones que vienen. Este número, último aparecido, siempre bajo la dirección de Fabricio Caivano, nos ofrece la configuración y los resultados de una experiencia apasionante: la educación en la Nicaragua sandinista. En el apartado en que se centra el contenido de «Cuadernos...» se expone, de modo accesible y transparente, el desarrollo de esta aventura nicaragüense, desde la herencia de Somoza, al planteamiento que, en una entrevista, formula el ministro de Educación, Carlos Tunnermann, pasando por las líneas de acción educativa seguidas, la teoría y la práctica de la educación popular.

No hay arte sin diversión

«Migajas políticas», de Hans Magnus Enzensberger. Editorial Anagrama.



Se atribuye a Enzensberger la frase «no hay arte sin diversión». Este pensamiento constituye, en efecto, uno de los versos de un poema del autor alemán. Sin embargo, ya está en los escritos de Bertold Brecht y es, sin duda, la fuente que se la ha suministrado. Enzensberger es plenamente consciente del valor de su verso y estos ensayos aquí recogidos así lo prueban. Son estudios sobre temas, en apariencia triviales, o ya muy frecuentes en la Prensa, pero el autor los eleva y los extiende con una técnica desenfadada e irónica. Son los mismos temas que le han preocupado otras veces: el eurocentrismo, el poder en todas sus formas, la lucha de clases, lo ingobernable, el socialismo real, la democracia alemana. Son admirables las dos «notas marginales» que aparecen en este libro, acerca del fin del mundo. Están escritas al final de la década del setenta. Una obra excelente.

La crónica negra

«Sucesos», de Andréu Martín. Editorial Alfa. Barcelona, Caracas.



«Sucesos» es el título de esta selección de narraciones. Pero más que el título, es el significado del punto de partida de todos estos relatos. Cada uno de ellos nace de un suceso, o se desenvuelve en torno a un hecho cualquiera de la crónica negra. El autor, Andréu Martín, no es nuevo en el género. Barcelonés de 1949, licenciado en psicología, obtuvo el premio Círculo del Crimen, en 1980 y es autor de numerosas narraciones del género policiaco. En estos cuentos, que ahora nos ofrece Martín, se mueven los personajes propios del mundo sórdido del «lumpen» y la marginación social, un mundo dominado por la violencia. El autor se despreocupa de la forma y prefiere la descripción rápida y el diálogo ágil. Su técnica se define por la economía de los medios que utiliza. Un buen autor de la serie negra.

Sociología de la tribu

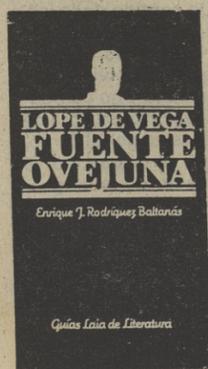
«La tribu universitaria», de Alejandro Nieto. Editorial Tecnos.



Breve, directo y a veces brillante, este ensayo de Alejandro Nieto nos desvela la evolución de una realidad social: la universitaria, la de la situación de los catedráticos, principalmente, realidad que al final terminan reflejando las leyes. Incluido en la colección «Status Quaestionis», que dirige Amando de Miguel, este estudio de Nieto analiza la imagen del catedrático en la Universidad española y las diversas actitudes que asumen frente a él otros grupos próximos, el Ministerio y la sociedad misma. Alejandro Nieto se ocupa detenidamente de la formación del catedrático en tres décadas sucesivas, a partir de la guerra civil, y estudia el funcionamiento real de las oposiciones, las actividades académicas y no académicas, las retribuciones, etc. «Esta es la historia de un cuerpo de funcionarios...»; así arranca, aclarando su propósito el interesante libro de Nieto.

¿Qué es Fuente Ovejuna?

«Fuente Ovejuna», de Enrique Rodríguez Baltanás. Laia.



La pregunta que el autor viene a formularse no es la de la comedia: ¿Y quién es Fuente Ovejuna? Lo que Rodríguez Baltanás se propone es investigar qué es «Fuente Ovejuna», la obra de Lope de Vega, y también trata de esclarecer su significado por sus relaciones interiores y por su vínculo socio-histórico con la época, así como el significado del autor. Utiliza esta graña, Fuente Ovejuna, y explica las razones que le llevan a preferirla. Rodríguez Baltanás se enfrenta a temas concretos: la poética teatral de Lope de Vega, su originalidad, el desarrollo de la comedia, los personajes, etc. Baltanás se sorprende de que una obra maestra no haya merecido «algún testimonio escrito de sus coetáneos». Es más, añade que «incluso carecemos de pruebas de que se representase». El propio Marcelino Menéndez Pelayo, recuerda el autor deploraba que «Fuente Ovejuna» «no sea de las más conocidas de España».

El arte de este siglo

«El cine, su técnica y su historia». Casa Editorial Sopena.



Fue el italiano Canudo el que lo bautizó: el séptimo arte. Si el cine fue, en un principio, un arte parásito, un arte que tomaba todos los elementos que lo componían de los demás (elementos plásticos, elementos literarios, elementos teatrales), pronto se produjo la indispensable síntesis para que cobrase identidad. Una vez liberado de la confluencia de la música, la novela y la pintura, y ya andando por sí solo, se advirtió su potencia creadora, su originalidad y su capacidad expresiva de los nuevos modos de vivir. Este libro, que se incluye en la Biblioteca Hispania Ilustrada, consta de dos partes. En la primera, Fernando Méndez Leite plantea el cine como un arte nuevo; en la segunda se cuenta su breve historia por nacionalidades y escuelas. Es muy útil el índice alfabético de películas y también onomástico. Destaca la gran riqueza de ilustraciones.

La falta de humor en la literatura castellana

(Viene de la página 1.ª)

tencialismo, que era un vino a loque español, embotellado en las cuevas de Montparnase. Se lo dije un día a Sartre por Saint-Germain-des-Prés. Pero él me respondió: «El existencialismo soy yo». La contradicción, la paradoja, el absurdo, ya están en Juan Ruiz, en Quevedo y en Gracián. Tantos aforismos, paremias, consejos, experiencias del vivir, ya vivían en el refranero. Aquí e inventó la filosofía irracional al para combatir los abusos de la razón, la estructura de cuarzo de la verdad absoluta.

● Larra no lloró: si hubiese llorado no se dispararía el tiro de la desgracia. Demasiada pasión para ser un neoclásico descafeinado de gregerías romanas; demasiado ambiguo o indeciso para ser un romántico bayroniano. Esa ambigüedad era un sino, su doble conciencia, espejo que refleja dos caras: la oficial de escritor bien pagado y rebelde y al mismo tiempo la desazón de poeta-periodista desarraigado, hombre conflictivo, pasión-deber, desarreglados.

● Que no se engañen los organizadores de la fiesta: esos escritores felices que van a recepciones y cócteles llevan la procesión por dentro. Sus melenas, barbas, patillas, escrituras, decires, bailes y cantares, esos modales de la nueva educación han sido asimilados. Pero no todo el trigo que muelen sus cabezas es pan blanco. Todavía tienen la ira contenida, la rebeldía, el inconformismo. El escritor ofrece su cara, la del triunfo y la recompensa. Pero a poco que os fijéis está la otra cara, la de la amargura, el desarraigo. No llorarán ni por su novia perdida y hallada en el cóctel. Contra las partes del mundo pegarán su mueca-poema-proclama. Beberán para olvidar el día que fueron libres y podían escribir —inventar— lo que quisieran.

● Los escritores españoles se revisten de seriedad y toman muy a pecho, y ombligo, su literatura-vida. Escribir es morir o beber. Ni una carcajada romperá la urna de un semblante problemático, donde las ideas, blancas y negras, juegan a las damas, y siempre la partida quedará en tablas.

A. SABUGO ABRIL

Jean Baudrillard

El fin de la historia: Silencio, masa y fatalidad

Jean Baudrillard, filósofo francés, catedrático de sociología en la Universidad de Nanterre, director de la revista «Traverses», que edita el Centro Pompidou, llegaba el pasado 5 de marzo al Aula de Cultura de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, en Alicante. El pelo canoso coronando una frente despejada trasmutada ya en calvicie, una cara afable, chaqueta de cuero negra sin la menor connotación punk —que tampoco es eso— y unas manos gordozielas, que iban a posarse en el mentón cuando la problemática de lo dicho requería un silencio, una matización... Y aquí nos tenías, no más de cincuenta personas con el secreto desasosiego de pensar que a pesar del título de la conferencia: «Lo problemático de lo social a través de las mayorías silenciosas», las susodichas mayorías no llegaban, y que cincuenta, aunque expectantes, no pasábamos de ser una silenciosa minoría. Un francés fluido, pausado y pedagógico comenzó a desentrañar la trama del tema.

Lo problemático de lo social es seguramente que ya no nos pertenece, aquí Baudrillard asume la tesis de Canetti en MASA Y PODER: Hemos salido de la historia, precisamente porque hemos perdido el sujeto de los acontecimientos, ni la burguesía, ni el proletariado ostentan ya ese protagonismo, su lugar ha sido ocupado por la MASA, y la MASA no es otra cosa que la aceleración del sistema. Existiría una masa efervescente, que crece y estalla en determinados acontecimientos para volver a desaparecer tras ellos, es la masa que toma la Bastilla o ejecuta el linchamiento o abuchea a un árbitro. Esa masa es algo diferente a la

suma de sus miembros, se agota en su explosividad. Por otro lado estaría un tipo de masa que podríamos denominar «implosiva», silenciosa, no puntual, sino progresiva, es ese supuesto destinatario de los medios de los discursos políticos..., una masa que ha perdido su rostro humano e individual, que se convierte en algo que es más objeto que el propio objeto, es un proceso de aceleración, de superproducción, de superinformación, un efecto saturado. A este tipo de masa se le pedirá constantemente que retorne a su dimensión de sujeto, que exprese su opinión, que tome partido, que sea responsable..., sólo requiriéndole esta es-

trategia de sujeto se podría volver a la historia, pero la masa no responde, se convierte en algo cada vez más amorfo, más indiferente... La propuesta original de Baudrillard es darle la vuelta a la valoración negativa de este proceso, es afirmar, y he aquí su tesis: que la masa no se alimenta, sino que se defiende por medio de este silencio, es por él que desarrolla lo que él denomina: una estrategia de objeto, si como sujeto soy dominado y como objeto anulado, sólo convirtiéndome en más objeto que el propio objeto escapo a esta dialéctica.

Es esta tendencia a radicalizar los acontecimientos la que posteriormente desarrolló con mayor minuciosidad en su segunda conferencia: «Las estrategias fatales». El título responde al de su último libro, que puntualmente reseñamos ya en este suplemento, y que está a punto de aparecer en España. Amén de sujeto y objeto, las estrategias pueden ser o bien fatales, o bien banales. Es banal la espera del desenvolvimiento de los acontecimientos, como si todavía estuviéramos en la historia, como si el sujeto fuera aún efectivo, como si ocurrieren hechos y no meramente noticias. La nuestra es,

pues, la sociedad de la banalidad, ésa es nuestra verdadera fatalidad. Cabe, no obstante, adelantar los acontecimientos, redoblarlos, ésta sería la estrategia fatal, ingresando entonces de lleno en la catástrofe (se ha tomado este concepto no como negativo, sino como la simple inercia de la saturación). El sujeto y los referentes mueren; entonces ingresamos en el reino de la hiperrealidad, el verismo de la información se convierte en lo más real que lo real, y por eso se anula; la pornografía sería lo más sexual que lo sexual y por ello caería de erotismo; el terrorismo, lo más violento que lo violento, anulando así un supuesto fin más allá de sí mismo. El objeto parece que ríe irónicamente este avance que arranca terreno a la anterior supuesta hegemonía del sujeto. ¿Anulación? ¿Liberalización? Baudrillard rehúsa entrar en una valoración ética del proceso, tan sólo evidencia una crítica epistemológica: deberemos cambiar nuestros modos y usos de comprensión si queremos enfrentarnos a la nueva dinámica de lo post-social, ingresar con los ojos abiertos y lúcidos en el nuevo mundo de la postmodernidad.

ROSA MARIA RODRIGUEZ

sin secretos

Tres finalistas en el Puerta de Oro

El Discreto no ha tenido la oportunidad de hablar con Abilio Cuesta, fundador y mecenas de los Puerta de Oro de Prensa y de narración corta, pero sabe alguna cosa del resultado de la última convocatoria. Resultado que, por lo demás, se hará público en la próxima semana. Se trata del premio de artículos, que el de cuentos no se fallará hasta el próximo verano.

● Sabe, por ejemplo, que se ha llegado, entre los miembros de un jurado muy heterogéneo, a un acuerdo con respecto a la final. Después de cambios de impresiones, o tal vez votaciones, se llegó a una primera conclusión: tres firmas, tres artículos pasarán a la final. Se disputarán el premio un escritor catalán muy conocido, un vasco y un madrileño —madrileño de residencia, al menos—, cuyos nombres sólo se conocen en privado. Cada miembro del jurado ha escrito los tres nombres en un orden determinado, por la particular valoración que les otorga. El que figure el primero en más listas será el ganador. Estas listas ya están en poder del promotor, Abilio Cuesta. Los sobres se abrirán en el curso de un almuerzo, si la tradición se mantiene. Se admiten apuestas. Quiero decir que las admite el Discreto. La discreción que lo define le prohíbe dar los nombres y apellidos de los competidores. La imaginación tiene un papel en este juego. El Discreto no juega con trampas, aunque se sepa los nombres. Conoce una

lista, pero ignora las restantes. También las desconoce Abilio Cuesta. No hay

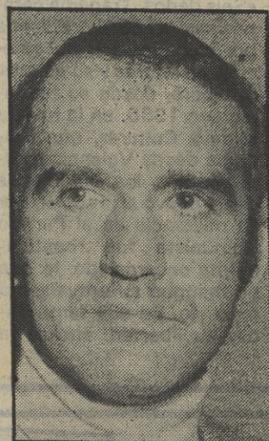


Blanca Andreu

trampa ni cartón en los Puerta de Oro.

● El 22 de marzo tendrá lugar otra reñidísima final: la del premio de narraciones breves que convoca, bajo el nombre de Antonio Machado, Rial Press de Renfe. Hay quinientas mil pesetas en juego para uno de los diez

conocidos nombres que siguen: Rodrigo Rubio, Marcial Suárez, Blas López Checa, Dolores Soler, Ana María Navales, Jorge Ceta Trulock, Andrés Berlanga, José Javier Aleixandre, Jesús Fragozo del Toro y Pedro Crespo. Algunos de ellos tienen muchos premios y una larga

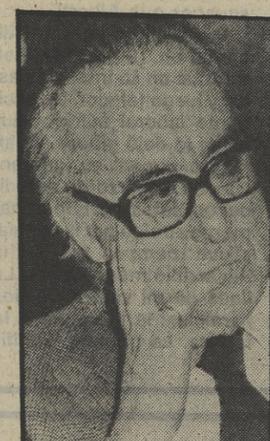


Andrés Berlanga

obra detrás: Crespo, Ceta, Berlanga, Rubio, Suárez, Aleixandre... En fin, casi todos. Los jueces que integran el tribunal son igualmente prestigiosos: José García Nieto, Josefina Rodríguez, Francisco Noy, Luis García Berlanga, Domingo Manfredi Cano y Enrique Bueno Beltrán, éste como secre-

tario sin voto. La octava edición del premio no será menos disputada que las anteriores. Apostar en esta prueba es mucho más difícil.

● La Librería García Lorca, de Alcobendas, recibe distinciones y organiza «festejos» poéticos de altu-



Marcial Suárez

ra. Se ve la mano mágica de Apuleyo Soto detrás. La García Lorca ha obtenido el primer premio a la mejor difusión cultural. Lo concede el Ministerio de Cultura.

● Treinta poetas de las nuevas generaciones, ni uno más, ni uno menos, han entrado en acción la pasada semana en Alco-

bandas. Es curioso el criterio a que ha obedecido la invitación. Los participantes han ganado el Adonais, sus accésit o algún otro premio de poesía. Ciertamente, hay poetas que no han conseguido aquel galardón ni otros parecidos, y algunos de las nuevas generaciones, con prestigio



Jorge Ceta Trulock

parejo o mayor, no están en la relación. ¿Por qué esta caprichosa norma selectiva?

● De todos modos, ¿cómo vamos a dudar de la representatividad y las calidades de la obra de los elegidos? Aquí van algunos nombres: Pureza Canelo, Blanca Andréu, Clara Ja-

nés, César Antonio Molina, Javier Villán, Javier Lostalé, Ana Rosetti, Fernando G. Delgado, José María Bermejo, Jesús Munárriz, Santiago Castello, Carlos García Osuna... Nadie puede ponerlos en cuestión. Ha habido recital, coloquio, discusiones a lo largo de la semana,



Rodrigo Rubio

bajo la batuta prudente de Apuleyo Soto. El mundo poético, parafraseando a Jorge Guillén, está bien hecho.

EL

DISCRETO

IMPERTINENTE

«Trilogía de Madrid»

Madrid, en la memoria

Memoria de Madrid, Madrid en la memoria, ¿qué más da?

TRIOLOGIA DE MADRID, Umbral ha escrito una de las prosas más impresionantes de entre las suyas hasta la fecha. Las páginas de este libro nos llevan de la mano a un dominio de la forma y del idioma que, según a mi juicio, no tienen en la actualidad parangón. Quizá Cela, sí, seguro Cela. Cuando uno se interna por entre el laberinto memorialístico de ese Madrid, lírica e imaginación, de Umbral, sabe desde el principio que lo que menos importa es el dato menudo, la calle, el nombre concreto o la avenida desconocida. Lo que importa, lo que llena las páginas y los cerca de mil personajes de esta TRIOLOGIA DE MADRID, es, justamente, la memoria de Madrid o, como decía al principio, Madrid en la memoria, lo que llena, a la postre, las páginas del libro de Umbral es la lírica. Y uno va yendo y viniendo personales situaciones o cosas, va yendo y viniendo la vida en efervescencia y tránsito, van yendo y viniendo.

● LOS TRANVIAS, el Madrid de un Umbral primerizo, quinquiliterario, como yo, viviendo en pensiones y restaurantes baratos, de un Umbral galdosiano, no por él, claro, sino por estar/ser prisionero del Madrid de Gran Vía, Montera/Sol, de un Umbral que dice que Madrid, esto, las cosas, lo que todavía no tenía personajes o tenía sólo algunos, Alexandre, por ejemplo, olía a vino malo, toros o pincho de tortilla. Madrid se va poblando de personajes y cosas y domingos del hipódromo. Madrid se escenifica, en parte, claro, porque lo escenifica y piensa y llena la actividad literaria a lo Larra de Francisco Umbral. Aranguren, Areilza, María Asquerino, Fernández Ordóñez, etc., y hasta mil más, todos, el todo humano y concreto que ha sido/es la vida vivida, memoria lírica y tiempo recreado por la pluma magistral de Umbral.

● Luego LOS ALUCINADOS o LOS CUERPOS GLORIOSOS van dando forma y estructura al laberinto imaginado y literario de la ciudad, porque al fin y al cabo «todos los géneros son autobiografía enmascarada, ya que el hecho de escribir es el más exasperadamente autobiográfico, después del suicidio. Umbral siempre ha practicado su propia teoría literaria. La literatura es lírica o no es. La literatura es el principal reto que un escritor necesita contraer consigo mismo. Pues al fin, y esto es lo que muestra TRIOLOGIA DE MADRID, «sólo se escribe con la memoria y el lenguaje mismo del escritor no es sino memoria del lenguaje». Por ello, porque el lenguaje es el registro conceptual y sensible de la memoria, la literatura, Proust, Joyce, Umbral no pueden, bajo ningún concepto, hacer otra cosa que recreación lírica o memorialismo conceptista y barroco.

● Sólo se escribe con la memoria, se escribe así y no de otra manera este Madrid centenario Galdós/Tejero, en Trilogía y de memoria, pues al fin, la ciudad, sus habitantes y situaciones son los que se piensan a través de la recreación de sí mismo que esta crónica de Umbral es. No hay contradicción. Umbral hace crónica de él, de su memoria, de su conciencia, es decir, del lenguaje que reinventado, reescrito por él adquiere, como es lógico, ribetes de crónica social, de digamos memoria colectiva. Ya lo dijo Borges: «Las cosas que le pasan a un hombre le suceden a todas, y al revés, principalmente al revés».

● TRIOLOGIA DE MADRID abunda, redundante y acentúa la idea de Umbral de que: «Sólo se escriben memorias, todos los géneros literarios son memorias, pues la materia de que están hechos es el lenguaje, un lenguaje que sabemos de memoria.» Añado yo: ¿qué es la memoria. El mundo, la historia, la ciudad, yo?, ¿qué son, sino palabras? Espejos líricos donde la actividad literaria impone, conforme sus contenidos, sus objetos, sus personajes y también, por qué no, sus espejismos, sus idas y venidas. Escribimos de memoria, precisamente porque, como dice Umbral, lo que se escribe es la memoria y así, al escribirla e inventarla, ay Machado: «También la verdad se inventa», la poseemos, nos hacemos con ella, nos hacemos por ella, en ella. TRIOLOGIA DE MADRID, Umbral ha escrito un libro anorme, una prosa rica, plena, sintácticamente estudiada, estilizada, quevediana. TRIOLOGIA DE MADRID es, sigue siendo, éso: un armónico minué donde se hace Madrid, memoria literaria de un Umbral que ya no se distingue del laberinto del espejo, del espejismo lírico de su laberinto.

JOAQUIN CALOMARDE

La «generación perdida» de 1936

Los poemas de Pla y Beltrán

eran gritos

Si algún día se estudia como merece la «generación perdida» de 1936, esa proteica pléyade de escritores cuya trayectoria, que no su obra, se vio truncada por la guerra de los tres años, será forzoso recordar a su miembro más ignorado: Pascual Pla y Beltrán. El más olvidado, el más perdido. Y también, acaso, el más «maldito». En su momento más granado, los estetas de salón lo despreciaron. Hicieron el vacío.

Burláronse de su verso fogoso y directo, antítesis del malabarismo verbal y del metafórico gratuito. Se mofaron de su físico desgraciado: una corcova prominente sobre un cuerpo menudo y enclenque, del que emergía una cabeza noble con ojos alumbrados por una luz intensa. Recitaba sus poemas con voz gutural y aguda ante auditorios tenidos entonces por nada («selectos»: obreros, campesinos, gentes humildes y marginadas, tan marginadas como él mismo. Era el poeta entregado a la causa de la revolución, capaz de conmovir al pueblo con el lenguaje del pueblo. En esa época — años de la anteguerra — los miríficos seguidores de un «arte por el arte» menospreciaban su arte «comprometido». Ninguno de ellos concebía que el lugar del poeta estuviese entre las muchedumbres angustiadas y sudorosas. No entendían su avidez de cultura ni su desesperación de despojados. Les parecía un sacrilegio lírico ponerse en contacto con las masas, redimir las con el verso. Por eso cuando tenían noticia de las fervorosas ovaciones que recibía Pla y Beltrán en sus recitales sonreían displicentes. A su juicio, éste no escribía poemas, sino soflamas, y las ovaciones eran las propias de un agitador político. Aquello «no era poesía» ni su autor era digno de la más liviana mención. Se olvidaban, claro está, de precedentes tan ilustres como Andrea Chénier, Walt Whitman o Maikovsky. A un Alberti se le podía perdonar su «poesía en la calle» como un devaneo porque era el autor de «Sobre los ángeles». Pero ya había bastante con un Alberti. Relegado al olvido, sobre Pla y Beltrán caía el anatema de «maldito». Además, era mucho menos «guapo» que Alberti.

● Nació en Ibi (Alicante) en 1908, Pla y Beltrán fue en su infancia pastor y luego tejedor. Un accidente laboral sufrido muy joven lo dejó giboso. Analfabeto, superó su ignorancia con esfuerzo de autodidacta. Se sintió tempranamente atraído por la poesía. «Tuve tiempos de lucha — escribí más tarde —. La línea de mi vida tenía dos paralelos: la literatura o la fábrica. La primera signifi-

caba el hambre; la segunda, el agotamiento. Entre la oscuridad de los dos caminos elegí el primero. Siendo completamente analfabeto me llamaba apasionadamente la literatura. Fui a Valencia y viví como pude.» En Valencia publicó sus primeros libros: «La cruz de los crisantemos» (1929) y «Huso de eternidad» (1930), muy influidos todavía por sus lecturas de la generación del 27. Con Ramón Descalzo y Rafael Duyos editó la revista «Murta» (1931-1932). Eso le abrió los cenáculos de los exquisitos, que no tardarían en repudiarle.

● Y es que, casi simultáneamente, una crisis estética y moral le hizo abandonar el intimismo para cantar las inquietudes sociales de aquel tiempo. Señaló este cambio de rumbo la aparición de «Najda. Poemas proletarios» (1932). Libro rebelde y de denuncia, cuyo contenido explosivo asustó a sus antiguos amigos de la pequeña burguesía, mientras sus nuevos amigos (anarquistas, comunistas) lo celebraron con elogios. Ese mismo año fundó, con Josep Renau, Angel Gaos, el escultor Pérez Contel y los pintores Carreño, Badía y Tónico Ballester, la Unión de Escritores y Artistas Proletarios. Prosiguió el camino emprendido con «Epopéya de sangre» (1933), «Hogueras en el sol» (1935), «Voz de la tierra» (1935) y «Poema del amor y de la angustia» (1935). En estos libros, escritos con desdén de la preceptiva académica, mostró dotes positivas en la versificación libre, no vacilando en emplear vocablos tenidos por impuros si servían a la expresividad de su pensamiento, que cuajó en una franca línea revolucionaria. Los sucesos de Casas Viejas le inspiraron «Seis dedos. Tragedia campesina» (1934), alabada por la crítica por su emoción, su interés y su acierto. Colaboró, desde su fundación en 1935, en la revista «Nueva Cultura», que irradiaba desde Valencia a toda España los postulados de un nuevo arte social. Por su militancia en el Partido Comunista fue repetidamente encarcelado, lo que no menguó su entusiasmo marxista. En sus temporadas de libertad, alternó la

publicación de libros y artículos con la lectura de versos en mítines políticos y actos culturales. Poco antes de la guerra civil dio un nuevo libro de poemas: «Camarada» (1936).

● Pla y Beltrán decía que sus poemas eran sólo «gritos». Autocalificándose así, se alineaba con el «estilo exclamativo» puesto en curso por los poetas rusos de la revolución (Miakovski, Essenin) y adoptado por algunos poetas alemanes de los años treinta (Erich Weinert). Un estilo que también siguió Alberti tras viajar por Europa. He aquí un ejemplo: «¡Gritamos! / ¡Pateamos! / ¡Leantamos en nuestros pechos la protesta! / Sobre una brecha de destrucción, / levantaron la bandera de la Democracia, / ¡con discursos solemnes! / ¡con pactos pacifistas! / ¡con el grito de los manicomios! / ¡con el insulto de los mendigos! / ¡con el humo de las fábricas de municiones! / ¡con el hambre de los obreros sin trabajo! / Fue un momento. / ¡Lo que tarda el imperalismo en la preparación de una guerra! Como anota Enrique Montero en su prólogo a la edición facsímil de la revista madrileña «Octubre», donde apareció este poema, «sería un gravísimo error interpretar esta penetración a nivel internacional como causa de cualquier desmerecimiento para la casi siempre reclusa literatura española».

● Durante la Guerra de los Tres Años, Pla y Beltrán redobló su actividad de poeta y su presencia en actos y mítines. No menos de cinco romances suyos se recogen en el ya mítico «Romancero general de la guerra de España», recopilado en 1937 por Antonio Rodríguez Moñino. Buena parte de su producción similar quedó dispersa en publicaciones como «Vanguardia», «El Mono Azul», «Ataque», «Comisario», «La Hora...» Pero otra parte la recogió en libros: «Poesía» (1936), «Madre española» (1937), «Canción arrebatada» (1938), «Romances» (1938), «Vencedor de la muerte» (1939) y «La muerte o el recuerdo» (1939). Escribió también el relato «Uno de blindados» (1938), en el cual, según reconoció la crítica, eludía «el trillado manoseo de tó-



El poeta Pla y Beltrán, por cada

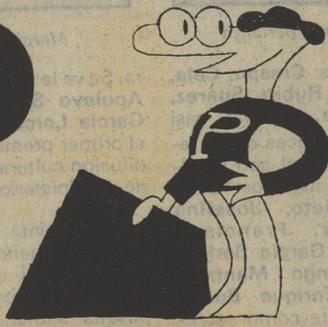
picos fáciles y falsificaciones superficiales» y mostraba «la realidad dura y terrible de la guerra». De su viaje a la Unión Soviética nacieron, asimismo, algunos poemas. Y de su trato frecuente con los intelectuales evacuados de Madrid (Antonio Machado, León Felipe), unas semblanzas que sólo mucho más tarde verían la luz.

● Al término de la contienda, Pla y Beltrán cayó prisionero de las tropas italianas de Gámbara en el puerto de Alicante. Se le trasladó al campo de concentración de Albaterra. No eran desconocidos para él, ya lo hemos dicho, los padecimientos de la ergástula. Penalidades que acendrarán su estilo literario. Recobrada la libertad tras ser juzgado, vivió unos años en el exilio interior, publicando, con el seudónimo «Pablo Herrera» un libro de versos en 1947, «Poesía», y otro de los relatos en 1948, «Cuando mi tío me enseñaba a volar», ambos sin connotaciones políticas. Pero no tardó en desterrarse, yendo a formar parte de esa «España peregrina» que se esparció por las Américas. El se asentó en Venezuela, donde desempeñó cargos culturales hasta su muerte, acaecida en Caracas en 1966. En este período siguió creando versos y prosa, aunque como no publicó más libros, su obra de la etapa final hay que buscarla en las revistas de ultramar. Tal vez por ello sea mayor el olvido en que se tiene. Pla y Beltrán, como tantos otros compañeros suyos de la «generación perdida», está demandando todavía que un estudioso se acerque a su obra, la analice y la enjuicie. Tal vez entonces veamos con mayor claridad qué papel jugó en el desarrollo de una poesía española realista, social y revolucionaria aquel pastor y tejedor analfabeto que supo emanciparse del oscurantismo con el tesón de un autodidacta iluminado.

RICARDO BLASCO

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES